

El papel de la comunicación y los procesos populares

Ana Ma. Nethol
Universidad Autónoma Metropolitana
Xochimilco, México

El discurso en el ámbito de la comunicación.

Quiero expresar inicialmente una preocupación que constituye el hilo conductor de los problemas e interrogantes que posteriormente trato de formular. Me refiero a los progresivos deterioros que sufren las relaciones simbólicas entre sujetos en la medida en que las presiones dominantes crean sistemas de poder y gregarismo que tienden a anular las capacidades reflexivas y críticas, las potencialidades y competencias cognocitivas, culturales y políticas del pueblo. Se percibe asimismo una lenta y progresiva incorporación de hábitos derivados de las imprints de fuerza que se ejercen desde diversos aparatos de consenso. Estas imprints generan estereotipos de conducta y lenguaje que contribuyen a la incorporación a los hábitos de consumo dominantes, a la transformación de valores de vida, a la incorporación de otros y a la adopción de tecnologías ajenas a sus hábitos de existencia; en el plano de la acción se traducen en formas discursivas que contribuyen a la internalización de mecanismos verticalistas y atomizadores de la cultura.

Esta incorporación de la que hablamos no debería interpretarse en el sentido de *efecto conductista* sino en el plano de la *trasmisión acumulada de las ideologías del poder*. Es desde las estrategias plurales del poder, de donde surgen necesariamente textos y discursos que, aunque no sean asimilados en su totalidad,

* Entre el 16 y 21 de septiembre de 1981 se realizó en Lima, Perú, bajo el auspicio de CELADEC (Comisión Evangélica Latinoamericana de Comunicación Cristiana), un seminario sobre el tema Comunicación y Movimiento Popular. El objetivo del mismo era el de "convertirse en un momento de reflexión y debate que contribuyera al desarrollo de prácticas alternativas y a la elaboración de un pensamiento sistemático en torno a ellas." La ponencia de Ana María Nethol que reproducimos fue presentada en esa ocasión.

dejan una huella, una horma, que afecta los lugares más vulnerables de los intercambios simbólicos. Detengámonos por un momento en este problema. Lo usual cuando se habla de producción y transmisión discursiva es que se remita el problema a una sola dimensión: la dimensión del contenido. Sin embargo, cuando nos encontramos frente a una actividad discursiva de cualquier tipo no podemos desconocer que existen diferentes niveles que se constituyen como instancias de lo discursivo y donde, además del tópico y del tratamiento conceptual del mismo, existen tanto un ámbito de producción así como una modalidad discursiva específica. Quizás por ello es imposible hablar de una tipología de discurso que no se apoye en las múltiples variantes que pueden producirse, por lo menos, a partir de la interrelación de estas cuatro instancias, sin caer en un rígido esquematismo.

Hablaremos por lo tanto de:

- a) trasmisión de contenidos
- b) tópicos tratados
- c) modalidad discursiva
- d) ámbito de discurso

Donde a) remite a la forma de tratamiento de los temas, b) a la temática seleccionada, c) al tipo de estatuto discursivo adoptado (polémico, normativo, imperativo, descriptivo, etc.) y d) al espacio desde donde es transmitido (escolar, religioso, legal, estatal, etc.)

Pongamos un ejemplo: con la perspectiva de desarrollar una investigación que nos permita a un grupo de investigadores proponer, para la capacitación en el campo, mecanismos de comunicación y acción diferenciados de aquellos que usualmente las entidades estatales ejecutan, estamos trabajando sobre las formas discursivas de los materiales que el estado distribuye en el campo y que reciben tanto los agentes de campo como los campesinos.* Cuando el estado se describe a sí mismo a través de los textos aparece un contenido general claro: siempre es el otorgante, el dador de beneficios más allá de los derechos ganados por los posibles receptores. Por otra parte, esta semantización del sujeto benéfico está, por así decir, apoyada en una modalidad de discursos aseverativa y descriptiva, una modalidad que no admite fisuras para el desarrollo de la reflexión en aquel a quien se dirige. En general, los textos de ahí en adelante determinan una norma de lo que debe hacerse a partir de esa pródiga cualidad del benefactor. Es decir, la norma que debe regir las conductas de los receptores se suma a una modalidad descriptiva homogénea. Nos encontramos aquí frente a esa diferencia de vertientes o instancias de discurso de las que hablo más arriba. Una institución gubernamental que opera en el marco de un ámbito discursivo, envía un mensaje con un tema determinado y a su vez opera con una modalidad de descripción y normatividad. Estas formas de ilocución y perlocución, son, más allá del contenido, mecanismos profundos del discurso, vectores que convierten la palabra en una forma de acción. En el caso de estos textos, y aquí

* Proyecto INCA-FAO, México.

arriesgo una hipótesis, es muy posible que los contenidos en sí no tengan la eficiencia buscada (¿es tan fuerte la distancia entre esos contenidos y las realidades y competencias cognitivas de un campesino!). Lo que sí es posible es que contribuyan a internalizar en los sujetos receptores las formas discursivas que vehiculan. Y estas formas no tienen la multiplicidad que pueden tener los contenidos o los ámbitos de donde provienen: adquieren formas constantes de verticalidad (estereotipos, descripciones aseverativas, normatividad, imperatividad). Es quizás en este nivel donde se ejerce con más fuerza *la tendencia a la destrucción de las capacidades reflexivas y críticas del pueblo*.

En la medida en que las actividades comunicativas se encuentran interconectadas a todo lo largo de la experiencia humana, el papel de la comunicación y de la palabra adquiere un estatuto privilegiado y un nivel de preocupación importante. Estatuto privilegiado adquieren también la meditación, reflexión y perspectiva de acción de nuestro papel de agentes incorporados a este problema. Agentes que, dentro de los límites de posibilidad, tanto como de las prioridades sociales y políticas, sólo cumpliremos un papel histórico eficaz en la medida en que tendamos a la construcción de formas contrahegemónicas en el terreno de los intercambios simbólicos.

Más allá de las diversas estrategias que las fuerzas de dominio adoptan para el sostenimiento y la reproducción de las ideologías del poder, existen mecanismos que las identifican: estas estrategias se basan primordialmente en la utilización de medios técnicos que extroyectan elementos masificadores político-culturales que son instrumentados por sectores orgánicos que ejercitan fuerzas que, en la mayoría de los casos, se oponen o no alientan perspectivas de constitución y desarrollo de formas populares endógenas y autónomas. Si bien se impondría un análisis minucioso de dichas estrategias, bástenos con decir que, en primer lugar, no son unívocas; adoptan matices que se sitúan tanto en las mismas pugnas ideológicas que diferencian a sectores en el poder como en la forma de ubicación y localización de sus destinatarios. Este punto es delicado ya que una forma de pensar monolítica sólo ubicaría estrategias en un sentido tan general que no nos permitiría avanzar en la reflexión. Si aceptamos la posibilidad de contraste entre diversos medios y modalidades masivas de sectores hegemónicos, es posible que de allí podamos extraer gradaciones y diferencias que nos sitúen en el problema. En segundo lugar creemos que su punto de identidad puede estar dado por los mecanismos comunicativos: las formas verticales que adoptan los medios construyen un sistema de propagación ideológica de antialogicidad y verticalidad, en suma, de uso de una palabra fetichizada por el desarrollo de los medios técnicos y por la distancia que pone entre sujetos.

Estos mecanismos, en especial el segundo, constituyen una dinámica aparentemente irreversible que corresponde a las formas de estructuración de la sociedad. Por lo tanto, mientras los esquemas de producción discursiva y los intercambios de símbolos mantengan el estatuto vigente, se estarán reproduciendo modalidades que tendrán un signo negativo para el desarrollo de gestiones autónomas y reflexivas en el campo de lo popular. De allí en más resulta clara esta preocupación por buscar modalidades diferenciadas en la producción de discursos como

una perspectiva que se inserta en la totalidad de lo social.

El flujo comunicativo: una actividad considerada desde lo ético-político.

Dentro de esta línea de reflexión, y habiendo destacado el papel de la palabra tanto en el aspecto semántico como en el efecto de internalización de mecanismos autoritarios, quisiera señalar ahora que la cuestión de la comunicación y de los intercambios discursivos vistos desde un punto de vista diferenciado de los procesos vigentes en los ámbitos plurales de la difusión masiva, se ubicaría en un terreno ético-político, por cuanto supone:

- a) Una pugna ideológica contra las manifestaciones aculturantes;
- b) La perspectiva de un desarrollo de las competencias comunicativas culturales y políticas de los sectores dominados y marginados;
- c) La reactivación de formas de comunicación basadas en los intereses y realidades de estos sectores, encaminadas a progresivas tomas de conciencia (política), instaladas en espacios comunicativos (políticos) desde donde los sujetos pueden entrar en un proceso de intercambio igualitario y dialógico;
- d) La construcción de espacios autónomos de comunicación-acción;
- e) La constitución de posibles estrategias de medios que surjan de las detecciones de necesidades grupales y que se conviertan en un instrumento endógeno o exógeno.

Cuando situó el campo de la comunicación como un terreno de estrategia ético-política es obvio que no estoy poniendo el acento en el problema de los medios como estrategias amplificadoras o artefactos diseminadores. Estamos hablando, en todo caso, del valor de los flujos comunicativos donde está presente el problema del intercambio de símbolos y la dialogicidad.

Recordemos algunas afirmaciones. Por ejemplo aquella del psicólogo Georges Bateson quien considera que "la comunicación no se refiere solamente a la transmisión de un mensaje, sino que incluye todos los procesos a través de los cuales la gente entra en relación y se influye mutuamente"².

Este entrar en relación, o dicho de otro modo, este uso de canales naturales entre sujetos, constituye, según nuestro criterio, la materia primera y el campo más próximo de especificidad del problema de la comunicación. De allí deriva que los hechos o cuestiones a partir de los cuales se produce una situación de comunicación puedan ser múltiples. Lo que nos interesa como campo pertinente son las diversas formas de intercambio y los tipos de relación que una comunicación supone.

Pensamos que con este concepto ha ocurrido una especie de desviación de ciertos elementos originarios. En efecto, los sucesivos desarrollos de los estudios en comunicación se han centrado primordialmente, y a partir del auge de la ex-

² Georges Bateson, *Comunicación: la matriz social de la psiquiatría*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965.

pansión capitalista, en la distribución de mensajes elaborados a través de aparatos tecnológicos. De allí que en diversos ámbitos se desarrollara una disciplina, la comunicación, que en realidad, con el auge de las metodologías y prácticas funcionalistas, comprendía el estudio y la elaboración de formas masificadoras. Se reducen así los intercambios reales entre hombres para reemplazarlos, como objeto de estudio, por la llamada comunicación masiva.

Esta aclaración no significa una posición reactiva o pseudoanárquica, por demás ingenua e idealista, en relación a la existencia de los medios de difusión. Significa más bien resituar el papel de los medios masivos en una propuesta que abarque inicialmente la realización de verdaderos intercambios desde donde pueda generarse la producción de un medio; intercambios que permitirían una real apropiación popular de los sistemas de difusión con base en necesidades determinadas por los sectores que crean conjuntamente esa perspectiva. Esto nos lleva a algunas preguntas que nos formulamos cuando hablamos de la comunicación en el campo popular: ¿cualquier medio es adecuado a una determinada situación? o bien, ¿qué significa hablar de medios cuando los planteamos en función de un intercambio previo de símbolos que les dan sentido?

Lo que en realidad surge de este planteamiento, es que la palabra es también un medio y quizás el privilegiado. Cuando a veces no se entiende una propuesta comunicativa que se basa en los intercambios de la palabra viva es porque las deformaciones del concepto nos han hecho olvidar la importancia de las posibilidades de intercambio y transformación de sujetos a través de los signos y formas verbales.

Algunos interrogantes

En primer lugar me pregunto desde qué punto de vista estamos considerando el problema de la comunicación, cómo ubicamos su dominio específico y cuál es el papel que nos adjudicamos dentro de procesos donde funcionaríamos como agentes e interpretantes en este campo. Esta preocupación podría desglosarse de la siguiente manera:

- a) La ubicación de un terreno específico de lo que llamamos comunicación;
- b) La determinación o consenso de aquellos que nos llamamos comunicadores y la perspectiva con la que focalizamos el terreno de la comunicación.

Existiría, por supuesto, una especie de mirada pan-comunicativa donde tenderíamos a considerar que todo fenómeno es, en última instancia, comunicativo. Esto puede ser cierto. Sin embargo, me pregunto si debemos confundir un hecho cultural o político, que sin duda contendrá siempre elementos comunicativos, con lo más específico que atañe a este campo. Dicho en otras palabras, mi interrogante se basa en la dimensión desde la que miramos ciertos fenómenos. Dentro de la perspectiva de la comunicación, ¿es el hecho cultural o político en sí lo que vemos? ¿o bien lo que consideramos son las redes comunicativas que lo

sustentan?. Esta confusión o indeterminación la siento latente tanto en la bibliografía sobre el tema como en diversas discusiones que he sostenido en seminarios y congresos. Por lo menos me pregunto: ¿podríamos discriminar parcialmente estos terrenos para situar un campo donde se plantearía nuestro quehacer? Sin embargo, aquí se acrecientan mis dudas: ¿no será ésta una necesidad de signo negativo que nos llevaría a sumergirnos en la compartimentación?

Estas preguntas nos llevarían a nuevas consideraciones que también se traducen en interrogantes. En el caso del tema que aquí nos ocupa, es decir, la relación de la comunicación con el desarrollo de movimientos populares, una de las cuestiones que se plantean es en qué espacio colocamos el problema comunicativo al referirnos a procesos que tienen lugar en el ámbito de los sectores subalternos.

El espacio del problema comunicativo también se traduciría en dos preguntas: ¿son los movimientos populares como fenómenos los que implican en sí un hecho de comunicación? O bien, ¿son los *procesos de comunicación* lo que darían lugar a la instauración de prácticas concientizadoras que coadyuvaran al desarrollo de dichos movimientos? Una mirada descriptiva, semiótico-significativa, nos llevaría a considerar que un proceso popular es una forma de comunicación; sin embargo, consideramos que el hecho de comunicación estaría dado por los mecanismos (comunicativos y políticos) que promueven internamente esa posibilidad de construcción.

Un ejemplo puede aclarar las cosas. En la actualidad es frecuente hablar de la cultura popular como un problema de la comunicación. A partir de la línea de Cirese, Lombardi Sartriani, como asimismo de elementos retomados de Gramsci, se desarrollan estudios de diferente signo: cancioneros, artesanías, fiestas populares, sistemas alimentarios, etcétera, en un doble intento: a) la interpretación y análisis de dichos fenómenos, b) la posibilidad de un rescate de los hechos populares con la consiguiente determinación de su valorización política. Reconociendo de modo general la validez de este tipo de estudios, me pregunto, con una óptica comunicativa, dónde reside su anclaje, ¿Son estos hechos culturales los que comunican? En este caso nos encontramos principalmente ante un hecho de significación. ¿O bien lo comunicativo estaría dado en el mecanismo de intercambio de los elementos simbólicos? Esto por una parte. Por otra, cabe preguntarse si con una perspectiva comunicativa la cultura popular interesa como un conjunto de hechos descriptibles en términos estáticos. Diríamos más bien que si sustentamos una posición confrontativa y alternativa lo que interesa es desarrollar procesos dinámicos con la participación de los protagonistas de esas culturas. Creo ubicarme aquí en el doble juego del papel del comunicador-comunicando en relación con su actividad específica. Por ello, cuando nos referimos al desarrollo de procesos populares tendremos que tener en cuenta el papel que, en algunos casos, corresponde al comunicólogo en calidad de protagonista o elemento coadyuvante, así como el papel que adquieren diversos procesos de comunicación en la construcción de dichos movimientos.

Decía anteriormente que el desplazamiento del concepto de comunicación ha llevado a un olvido significativo: la importancia de la palabra viva y de los

flujos de comunicación entre sujetos. También he hablado, aunque refiriéndome más especialmente a las ideologías del poder y a sus formas de transmisión, de la acción investigativa que estamos llevando a cabo en la zona del Lago de Pátzcuaro, Michoacán. Pues bien, a partir de la idea global de desarrollar procesos participantes de comunicación con algunos sectores, tomamos contacto con un grupo de jóvenes de la zona, que actúan como promotores de las llamadas Salas de Cultura del Consejo Nacional de Fomento Educativo. Una docena de estos jóvenes y dos compañeros de nuestro proyecto*, iniciaron un trabajo de capacitación para la comunicación. Inicialmente los objetivos del grupo no estaban muy claros. Los jóvenes suponían que se les iba a instruir sobre las formas más adecuadas para comunicarse con los grupos de la comunidad. Evidentemente mal preparados en su capacitación inicial, dichos muchachos actuaban como administradores de una biblioteca precaria que contenía desde obras consagradas de la literatura, pasando por relatos y aventuras, hasta el diccionario de la Real Academia. Por otra parte, una de sus mayores desventuras consistía en que realizaban una serie de trámites burocráticos para conseguir trofeos (especie de estatuas en yeso y latón) para los ganadores de juegos deportivos. Comienza el proceso de trabajo. Nuestra intención era, a través de la palabra, lograr inicialmente la necesaria ruptura, tanto con las formas verticalistas de logro de conocimiento como con la noción de cultura subyacente en la existencia de esas salas. Después de cuatro meses de trabajo, los resultados a que se llegó tocan una serie de niveles:

- a) el desarrollo de los intercambios del grupo con un alto nivel de participación;
- b) una actitud crítica frente a los medios;
- c) una redefinición del concepto de cultura que implica en este caso la toma de conciencia de su pertenencia cultural y el desarrollo de estas competencias, situación que los implica a ellos mismos en la valoración de una cultura propia;
- d) la decisión de adoptar determinadas estrategias de medios, a realizar conjuntamente con las comunidades a que pertenecen (dramatizaciones, audiovisuales);
- e) el cuestionamiento de su propio papel social, de sus condiciones de trabajo, de su función como agentes del Estado y de su responsabilidad social con la comunidad de pertenencia.

Ante este tipo de experiencias que no por ser puntuales dejan de arrojar alguna luz sobre la significación de los procesos comunicativos, me pregunto sobre la relación entre éstos y la constitución de movimientos populares como intrínsecamente constitutivos de situaciones de comunicación, aunque la situación de comunicación, obviamente, no funcione como un elemento totalizante.

Decía más arriba que los intercambios de discursos y palabras entran para nosotros dentro de un terreno ético-político que no es otra cosa que la concien-

* Orlando Merino, Raúl Tapia.

cia de la necesidad de desarrollo de las capacidades cognoscitivas y culturales hacia un cambio sustancial de la dinámica de las relaciones humanas. Allí, el campo de la comunicación ¿con qué instrumentos reales cuenta?

Algunas respuestas provisionarias

Creo que los interrogantes anteriores, a la vez que las cuestiones planteadas, nos dirigen por rumbos diversos y a la vez confluyentes. Adelantar respuestas ordenadamente quizás se vuelva una tarea operativa que deje de lado importantes matices en cada aspecto. Nuestra preocupación ha estado hasta el momento situada en varias bandas: la necesidad de delimitar un campo de mayor especificidad en lo que concierne a la cuestión de la comunicación para encontrar la vía por donde se articule con procesos alternativos; dentro de este marco, el problema de la ubicación del papel de comunicador/comunicando y sus perspectivas de incidencia dentro de esa dimensión alternativa; por último, las formas de una comunicación participante y dialógica como inherente a la constitución misma de los procesos populares.

I. ALTERNATIVAS EN COMUNICACION

Creo que estas instancias nos conducen inicialmente al dominio de lo que se ha dado en llamar comunicación alternativa. A falta de otro término y para no caer en innovaciones léxicas innecesarias, podemos adoptarlo provisoriamente. Entiendo que este término surge de una oposición o contraste. Esa otredad, esa alteridad, apela a un punto de referencia que se sitúa como elemento de comparación respecto al tipo de comunicaciones vigentes de los medios masivos. Por mi parte, me atrevería a llamarla simplemente comunicación, entendiendo que lo otro son formas de difusión, de información o transmisión de mensajes.

A título inicial entenderíamos por formas alternativas aquellas que no se encuentran inmersas en el circuito de los poderes dominantes y que implican implícita o explícitamente, a través de estrategias de participación, la modificación del orden comunicacional establecido por la mediatización de los medios masivos.

Convendría tal vez ordenar algunos puntos para precisar este intento de conceptualización:

- 1) Entendemos que un tipo de comunicación alternativa corresponde a un modelo ético-político donde los actores se encuentran implicados a partir de estrategias participantes.
- 2) Este tipo de formas de comunicación se ubicaría como un estilo de existencia basado en intercambios recíprocos, regido por la identidad de intereses de los sujetos implicados en el proceso. Como una forma opuesta a la agresividad de las formas dominantes estaría regido, en fin, por las necesi-

dades surgidas de los sectores oprimidos en confrontación (y no precisamente competencia) con la cultura masificadora de penetración y alta tecnificación.

- 3) Su morfología y las estrategias que se instrumenten estarían situadas en el terreno de la lucha ideológica. Esta pugna puede adquirir diferentes matices y realizaciones: desde la organicidad programática que promueva un estado hasta la experiencia que tiene lugar en un sector o comunidad (luchas campesinas, lucha de las mujeres, luchas sexuales, obreras), pero a lo que tenderían en última instancia es a instrumentar formas de contrahegemonía.
- 4) Pensamos también que toda acción comunicativa alternativa supone una forma de educación y conocimiento por cuanto estaría ligada a un proceso de conocimiento/aprendizaje entre los sujetos participantes.

II. COMUNICACION ALTERNATIVA Y PARTICIPATIVA COMO EDUCACION.

Cuando hablamos de la incidencia de una comunicación participante y dialogal como inherente a la constitución misma de los procesos populares, no podemos soslayar el campo a que hacemos referencia en el punto 4), es decir, a la vinculación de los hechos comunicativos con los educativos.

Para tratar este nivel, somos conscientes de que hay que establecer una suerte de ruptura, una forma de despegue con respecto a las ideologías científicas que han consolidado objetos de conocimiento más o menos inamovibles y que en nuestro caso han establecido una especie de barrera entre la comunicación y la educación; esas mismas ideologías son las que colocan ambos quehaceres en ámbitos separados por el concepto de disciplina.

Sin embargo, más allá de estas ideologías científicas, lo cierto es que en la práctica, los sistemas imperantes, nacionales y transnacionales, unifican la comunicación y la educación a través de la implementación de programas de tipo educativo formal o informal cuya finalidad es la creación de una *segunda vía*, más allá de la escuela, con fines de socialización. A nosotros nos interesa este reconocimiento para absorberlo desde una perspectiva inversa.

Al hablar de la relación evidente entre comunicación y educación, y cuando consideramos tanto las formas educativas tradicionales como las comunicativas verticales vemos que desaparece un verdadero proceso dialógico que implicaría una forma de horizontalidad entre sujetos.

Cuando nosotros postulamos una comunicación como educación estamos focalizando la posibilidad de invertir estos mecanismos verticales para reconocer y efectuar un proceso que produzca la posibilidad de una interacción dialógica. Si esa relación se produce efectivamente, queda implícita una situación educativa dada por la instauración de *un proceso de conocimiento conjunto donde las partes, en una relación horizontal, van aportando los fragmentos para la realización de una mutua transformación*. Esto en función de un campo de referencia y de objetivos determinados a través de la misma relación.

Esta perspectiva educativa y dialógica reforzaría el papel de la palabra viva en el sentido en que lo planteábamos más arriba. Abriría las compuertas a la capacidad reflexiva, entendiendo la reflexión no como puro pensamiento (posición que derivaría de una postura idealista) sino como una capacidad de ordenamiento de lo real, elemento fundamental para las fases de toma de conciencia y procesos de participación.

Hablar de *una comunicación alternativa como educación* no nos parece desafortunado: la participación como estrategia y la producción de fenómenos alternativos de comunicación llevan implícito un hecho educativo. Ese hecho educativo se da en el estímulo de las capacidades humanas e intercambios dialógicos que hacen posible la transformación de los sujetos. Si esa transformación se opera, el proceso de conocimiento pertenece a un fenómeno educativo y alternativo de amplísima relevancia y difícil absorción por parte de los organismos de poder.

III. LA EDUCACION EN COMUNICACION (DESARROLLO DE UNA PEDAGOGIA DE LA COMUNICACION).

Quisiera hacer una diferencia que permita la aclaración de algunos conceptos. En el punto anterior hablábamos de comunicación como educación en relación con un acercamiento entre ambos quehaceres, por cuanto la comunicación, en el sentido en que aquí lo postulamos, conlleva un proceso de diálogo y conocimiento. Algo diferente y sin embargo complementario implica el hablar de una pedagogía de la comunicación. La idea de pedagogía de la comunicación implicaría *la producción de hechos comunicativos que tiendan a ubicar y esclarecer la problemática comunicativa y permitan un proceso de reflexión que pueda conducir a una posible estrategia de medios.*

Lo que ha ocurrido con este problema es que por una u otra razón ha quedado confinado a las relaciones universitarias como tema privilegiado de la enseñanza superior (si es que la enseñanza superior logra llevar la reflexión a problemas de este tipo). Sin embargo, cuando a través de experiencias concretas se plantea una reflexión en un doble sentido:

- crítico de los medios
- propositivo de formas

se produce un desarrollo de la competencia comunicativa y se instaura una especie de metalenguaje referido a la comunicación misma donde se establece un diálogo productivo que tiende a:

- 1) Crear una intercomunicación grupal acerca de la reflexión de los procesos comunicativos del grupo;
- 2) Establecer un intercambio crítico sobre las formas de difusión masiva;
- 3) Concebir estrategias de comunicación basadas en las necesidades grupales y de la comunidad.

Con relación a este problema consideramos que la presencia de sectores que

investiguen y problematicen la cuestión de la comunicación, constituiría parte de un proyecto de acción integral que permitiría no sólo afrontar e incidir en los problemas de comunicación en América Latina sino también coadyuvar al problema del desarrollo comunicativo en el marco de los movimientos populares.

Para terminar, quisiera referirme a algunos de los interrogantes que planteaba más arriba. Al referirme al papel de la comunicación dentro de los movimientos populares me preguntaba si son los movimientos populares como fenómeno político los que implican en sí un hecho de comunicación. O bien si son los procesos de comunicación los que constituirían y darían lugar a prácticas concientizadoras que aportan formas y estrategias para la evolución de dichos movimientos. Por otra parte, me refería a la importancia de los flujos comunicativos, situando la comunicación como parte de un terreno ético-político, donde procesos alternativos y educativos, y la perspectiva de una pedagogía de la comunicación, serían válidos para encarar desarrollos endógenos de formas de comunicación que conlleven un sentido democrático. Sobre estos interrogantes y algunas perspectivas sería interesante abrir el juego de la reflexión y la acción a nuevas modalidades e instrumentos. En todo caso queda abierta una pregunta que aquí nos reúne: ¿Dónde situamos la comunicación cuando nos referimos a los movimientos populares?